

PREGÓN  
SEMANA SANTA  
2019  
ANTEQUERA

Por Eugenia M<sup>a</sup> Acedo Tapia  
6 de abril de 2019  
Teatro Cine Torcal (Antequera)

## PREGÓN SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2019

Por Eugenia M<sup>a</sup> Acedo Tapia

### *Dedicatoria*

Hoy, 1 de octubre de 2018, festividad de Santa Teresita del Niño Jesús, a las 0,12 minutos comienzo a escribir este Pregón y lo hago pensando en todos aquellos que el 6 de abril no estarán presentes.

Sí, tú, me dirijo a ti, antequerano de nacimiento o de corazón, a ti que estás sentado en esta butaca del Teatro Torcal, a ti que estás pensando en esa persona que seguramente hoy te hubiera acompañado a escuchar a esta servidora, pero que ya no está...

Por ese cristiano que luchó toda su vida por las cofradías de nuestra ciudad, por ellos, por todos y cada uno,...

Sí, son tantos los nombres que no quiero nombrar, pero todos y cada uno están ahora mismo en mi cabeza, los estoy viendo, están ahí arriba..., se han puesto música celestial de fondo y están dispuestos a no perderse su Semana Grande, porque desde allí la disfrutaban mucho más.

Por vosotros, por todos los que hicisteis posible que hoy siga existiendo la Semana Santa,

Por ellos va este Pregón y este aplauso que os pido.

Gracias a todos, Antequera os lo agradece de corazón.

## Saludos

Reverendísimo Arcipreste de Antequera, don Antonio Fernández, y reverendos padres, que nos guiais espiritualmente en nuestro día a día,

Ilustrísimo Señor Alcalde de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Antequera, don Manuel Jesús Barón Ríos, y amigos de la corporación municipal,

Querida viceconsejera de Agricultura, amiga, Ana M<sup>a</sup> Corredera,

Queridísima Presidenta de la Agrupación de Cofradías de Semana Santa de Antequera, Trinidad Calvo, y miembros de tu Junta,

Hermanos Mayores de las cofradías de Pasión y Gloria, y miembros de las Juntas de Gobierno que nos acompañáis,

Antequeranos, cristianos y cofrades, antequeranos todos de esta tierra mía,

Amigos venidos de tantos lugares,

Amigos, familia, buenas noches.

¡Paz y Bien!

## *Agradecimientos*

Gracias, gracias a todos por acudir un año más a lo que es el pistoletazo de salida de esta Semana Santa, y gracias de corazón a todos los que de una u otra manera habéis apostado por mí para este tan alto honor.

Gracias a Trini, gracias por pensar en mí, gracias por tu amistad y tus ratos de tertulia cofrade en esa escuela Beato Manuel González, que nos unió y que nos ha traído hasta hoy.

Gracias, en segundo lugar, a las personas que siempre apostaron por mí. Gracias a mi alcalde, gracias Manolo, por haber sido mi tutor en esta gran responsabilidad. Gracias por tus consejos, por tu pregón, y gracias por tu amor. Siempre Antequera.

Gracias a mi Hermano Mayor, gracias Antonio, por haber sido el primero en apostar por mí para una cofradía. Gracias por confiar en mí la secretaría de nuestra Archicofradía de Arriba, y gracias por seguir confiando a pesar de que mis circunstancias no me dejan todo el tiempo que quisiera.

Gracias a la anterior permanente de la Agrupación, porque sé que ya pensaron en mí.

Gracias a todos los que han hecho posible el acto de hoy: a mi querida concejal de cultura, Ana Cebrián; a mi padre, Miguel Herrera y mi cofradía por montar este escenario, a Lorenzo Corado, por su apoyo musical, a mi cuñada María Inmaculada por sus referencias, a mi suegra María Isabel, a Censi Sevilla, a M<sup>a</sup> Carmen López,... a todos los que habéis dedicado un ratito a ayudarme en esta gran tarea.

Gracias a las Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones, gracias por vuestro apoyo y gracias a mis alumnos, que también me han ayudado mucho este año.

Gracias a toda mi familia: en especial, a mis padres, que me inculcaron la fe, esperanza y caridad, y me metieron de lleno en este mundo cofrade; a mi hermano,

con quien las he compartido estos años, y, por supuesto, a mi marido Francisco y a mis hijas, Eugenia M<sup>a</sup> y M<sup>a</sup> Isabel, a quien trato de inculcárselas ahora. Gracias, Paco, por todos los momentos que te he quitado para poder dedicárselos a mi pasión cofrade.

Y, por último, gracias, Curro, gracias de corazón por tus palabras, gracias por tu cariño, por tu apuesta por mí, por tus consejos de última hora, por elegir el momento preciso para poder inundar con mis palabras este Teatro. Gracias de verdad.

### *Prolegómenos*

¡Qué bonito fue pregonar la Navidad! ¡Y qué triste tiene que ser pregonar la muerte! ¡Cuánto he pensado y he meditado antes de escribir estas líneas! A veces, el objetivo es tan alto, que a Santa Eufemia quisiera pedirle su pluma para cumplirlo. Después de tantos grandes pregoneros que ha habido en nuestra ciudad, una se ve pequeña, muy pequeña, para pregonar la grandiosidad de una Semana. Más que de una Semana, la grandiosidad del sentido de nuestra existencia. Sí, sin esta Semana de Pasión, nada en nuestras vidas tendría sentido. Doy gracias a Dios cada día por haberme dado el don de la Fe. Sin ella, ¡qué difícil sería vivir! Creo que el objetivo pretendido es demasiado alto para una servidora, por lo que ya pido disculpas por mis palabras. Pido disculpas por querer sintetizar en pocos minutos algo que es indescriptible, algo Demasiado Grande.

[Música de fondo: *Concha*, V.M. Ferrer Castillo.]

## *ANTEQUERA*

En una tormenta de verano, al llegar la noche, te conocí. Jamás pensé que en un instante podía surgir un amor tan intenso, un amor que me desbordaría. Y fueron pasando los días y esa llama que sentí se volvía mayor a cada momento. Y no quería olvidarte y empecé a buscarte... y te busqué... te busqué desde Santiago a Capuchinos, desde Jesús a la Trinidad, doblé cada esquina, anduve por calles y callejones, y miraba cada casa, cada edificio, cada iglesia, cada torre, y te admiraba. Y entonces llegó la primavera, y entre el azahar de los naranjos de la Alameda te soñé, y te soñé entre los árboles del Paseo, y te soñé entre el Corazón de Jesús y el Corazón de María, y te soñé en el Coso Viejo, bajando hacia las Descalzas, entrando a ver a Madre Carmen, y llegué a Belén. Y te soñé bajando la cuesta desde la Puerta del Cielo, buscando la Paz y llegando a San Sebastián. Y miré hacia arriba y vi un Arco de Gigantes que envolvía a Santa María y a un castillo, el de Papabellotas, y me giré y vi una ermita, de la Veracruz decían... Y te seguí soñando, y te seguí buscando, y vi una muralla, y varias puertas, y un Señor allí abajo, que de la Salud y Aguas lo llamaban. Y no podía parar, porque te amaba, y en una calle que un Infante nombrara, encontré un Remedio para la angustia que estallaba... Y te amaba, y te amaba, y seguí buscando y seguí soñando... y entré, entré para buscarte a patios de columnas, a iglesias de cúpulas inmemoriales, y miré entre los retablos, entre los cuadros y las imágenes, entre los códices y los legajos, entre los pergaminos y los dorados,... Mi amor crecía y salí a buscarte entre la caliza del Torcal y la Peña de los Enamorados, y entré en los Dólmenes, que de Menga, Viera y Romeral me dijeron sus nombres.

Y quise ser escultor, para poder tocarte y esculpirte en barro.

Y quise ser pintor, y con mi paleta de colores dibujarte.

Y quise ser poeta, y escribirte en sonetos de mil versos,

Y quise ser músico, y con mi arpa tocar hasta la eternidad.

Y, de repente, me di cuenta de que no estaba soñando, de que ya te había encontrado, que mi amor eras tú, que mi amor eras tú: Antequera.

## CUARESMA

Antequera, mi Antequera.

Hoy vengo a pregonar un hecho extraordinario que sucede cada primavera en nuestra ciudad de Antequera, el acontecimiento más importante que ha sucedido jamás desde la Creación del Hombre.

Pasando la Navidad, algo empieza a removerse en el corazón cofrade. Asistimos a la presentación de un cartel, que empieza a erizarnos la piel. Ese campanillero de lujo que abre las puertas de San Agustín y de donde sale ese primer trono de nuestra Semana Grande. Un algo se adentra en nuestras venas, que hace que solo podamos pensar en un día. Cada uno tiene su día, pero todos en una Semana. Ya nuestra mente, estemos donde estemos, empieza a pensar en esa noche. Unos pensarán en cómo colocar unas flores; otros, en cuándo van a limpiar la plata; otros, en la ropa que le van a hacer a sus hijos; otros, en cómo vestir a la Reina, y otros, en lo mucho que tienen que ensayar aún con su trompeta nueva. Y todos, soñando con ese momento.

Llega el miércoles de ceniza y algo pasa... Las iglesias están más abiertas que de costumbre... Mucha gente se concentra en las puertas a última hora de la tarde, muchas mujeres tienen que cenar solas, muchos hijos no ven a sus padres, alguna madre llega más tarde de lo normal a casa,...

¿Por qué todo el mundo se agita?

¿Por qué tantas misas?

¿Por qué tantos triduos, septenarios?

¿Por qué vía crucis? ¿Por qué besapiés y quinaris?

Señores, que ya se acerca,

Señores que se va acercando,

Que eso que huele a incienso

Ya está llegando.

Que al candelabro le queda una mancha,  
Que esa tulipa, ¿no ves, niño, que no brilla?  
Prepara los cubos que ya mismo llegan las flores,  
Esperemos que esta noche se abran,  
Para ponérselas a la más grande, a la Reina de mis amores.

¿Les suena? Cuarenta días preparando un acontecimiento que dentro de una semana dará comienzo.

¡Ya queda menos, señores!

Son cuarenta días que a los cofrades se nos hacen eternos. Momentos de oración, de limosna y de ayuno, todo por un día, todo por una imagen, todo por una Fe. Momentos que los no cofrades no los entienden, porque el gusanillo no les ha penetrado, pero momentos que para todo cristiano sí tienen un sentido. Es una época de preparación y cada cual prepara a su manera la fiesta. ¿Qué más da? Lo importante es que lo celebremos. Es que hay que celebrarlo. Es la fiesta más importante de la cristiandad. Da sentido a tu vida, a tu día a día. Bienaventurado el que así lo sienta, porque él encontrará la eternidad.

Y ya llega, señores, queda una semana, para empezar a escuchar los sonos de trompetas y tambores por nuestra ciudad de Antequera.

Y si alguien no puede esperar, que se acerque a nuestra vecina Bobadilla, para empezar a vivir los Dolores de la Virgen, esos 7 dolores que ella sintió durante la Pasión.

¿Son 7, señores? No. En Antequera son 9 los dolores de la Virgen, que, por ello, son 9 las Vírgenes que procesionan en nuestra Semana Mayor.

## PRIMER DOLOR: CONSOLACIÓN Y ESPERANZA

“Llevaron el pollino, le echaron encima los mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás, gritaban: «¡Hosanna!, bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David. Hosanna en las alturas!»” (Marcos 11, 7-10)

Y llegará, llegará el Domingo de Ramos y, de nuevo, se abrirán las puertas de San Agustín, para que Cristo Rey entre triunfante en la Jerusalén de Antequera. Y la calle Infante se convertirá en una alfombra donde los niños hebreos y las mujeres recibirán al Señor con palmas. Y el Hermano Mayor te guiará, Señor, por entre el gentío...

Y esa mirada, esa mirada, nos dejará compungidos porque sabemos que algo horrible se acerca... Al son de las cornetas y tambores, leeremos en tu rostro el futuro.

Vítores para el Rey, en tu borriquita, con tu manto púrpura, y todos a tus pies, todos admirando a ese Rey en tu nuevo trono,...

Y los niños,... ¿qué sería de ti sin los niños? “Dejad que los niños se acerquen a mí” (Lucas 18, 16).

El domingo es el día de los niños. Desde esa borriquita nos dices que nos convirtamos en niños, porque de ellos es el reino de los cielos. ¡Ay, Señor! Si cofrades y cristianos mirásemos el mundo como niños, si lo mirásemos como esos niños te miran en tu trono, en el mundo reinaría otro clima. Ayúdanos, Señor, a que mientras disfrutamos de tu presencia por las calles de nuestra ciudad, nos demos cuenta de que debemos tener un corazón infantil, un corazón sin maldad, donde no hay odio, ni egoísmo, donde no hay rencillas ni malos sabores. Que esa borriquita nos pise y nuestro orgullo caiga a tus pies, y pongamos en esas hojas de palmera nuestra vida, para que tú entres pisando por ella y todo sea según tu voluntad.

Túnicas rojas te siguen... y nos anuncian que ya se acerca otro paso, el Señor Orando en el Huerto.

“Entonces Jesús fue con ellos a un huerto llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar». [...] Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú». Y volvió a los discípulos y los encontró dormidos.” (Mateo 26, 36-40)

¡Cuánto nos transmites, Señor, en tu trono majestuoso!

Dormidos te miramos por las calles. Sí, Señor, veintiún siglos después, seguimos dormidos. Te veo, pasando por San Luis, y aquí muchos ni te miran. De rodillas, Señor... Si viéramos a una persona de rodillas en San Luis, ¿qué diríamos?

Hoy ya no nos mueve nada, pero tú sales en tu trono de rodillas para hablarnos, para decirnos a gritos, que igual que tú soportaste ese cáliz que llevas en la mano, a todos, hoy o mañana o quizá ayer, nos llegará ese cáliz.

“Aparta de mí este cáliz” (Lucas 22, 42). Todos lo deseamos, pero ¿quién no lo ha tenido alguna vez cerca?

Y ante ello, ¿qué hacemos? Si hasta tú mismo deseabas no pasarlo.

Lo sé. Tu trono nos lo dice. Estás triste, pero tus ojos no se hunden, miran al cielo. Y detrás, tu ángel, nuestro ángel de la guarda nos protege. No estamos solos. Y cuando te encuentres solo, mira lo que hay alrededor. Sí, esas imágenes pequeñitas que rodean el trono son los cuatro evangelistas. Recuerda, cofrade y cristiano, en esos cuatro evangelistas, en el Evangelio, está la respuesta a todo.

Jesús no era solo Dios, era Hombre. Y nos lo recuerda el olivo. No está lejos. Está en Antequera, tierra también de olivos.

¡Ay, Señor, qué grande eres! Tus hermanos pollinicos nos traen el primer mensaje: Orad, orad, Señores, “¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega” (Mateo 26,46).

Y, detrás, llega el dolor, el Primer Dolor de esta Semana de Pasión:

Virgen de la Consolación y Esperanza,

¡Ay, Madre, ya vienes, ay, Madre, ya te acercas!

Siempre detrás, siempre en silencio.

Tienes el rostro más dulce de toda la Semana Santa,

porque en el fondo eras una niña,

eres nuestra niña de Antequera.

De morado y blanco tus hermanacos te llevan.

¡Ay, Madre!, ese verde que nos promete la espera.

¡Ay, Madre!, si tu consolación no poseyera,

no habría en mi vida sentido,

ni Ramos en Domingo siquiera.

¡Ay, Madre!, acuérdate de tantas madres que sufren,

por hijos que no nacieron o que ya se fueron,

por niños que enferman en algún país cualquiera.

¡Ay, Madre!, acuérdate de la infancia misionera,

de nuestros niños que son el futuro

de esta España, nuestra tierra!

Hermanos pollinicos, abrid las puertas,

de San Agustín al cielo,

llevad a nuestra Reina.

Hermanos pollinicos, las puertas están abiertas,

que salgan los niños y esas mujeres tan bellas,

que con palmas y olivos griten al Nazareno que se acerca.

Hermanos pollinicos, dejad salir a nuestra Reina,

que este mundo necesita consuelo,

que su Esperanza quitará nuestra ceguera.

Hermanos pollinicos, que abrís nuestra Semana Santa.

¡Arriba con Ellos, Arriba con Ella!

Que empiece la Semana Santa en Antequera.



## SEGUNDO DOLOR: VERACRUZ

“Y le cargaron la cruz. [...] Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: ‘Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado’. Entonces empezarán a decirles a los montes: ‘Caed sobre nosotros’, y a las colinas: ‘Cubridnos’; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?»” (Lucas 23, 26-31).

Leño verde, verde estudiantil,  
Verde, que te quiero verde,  
Verde de mis niñas, Verde de abril,  
Estudiantes, que sois el primer paso de cualquier cofrade antequerano. ¿Quién no ha soñado con el Lunes Santo? ¿Quién no ha deseado ser estudiante? ¿Quién no ha tenido un hermanaco? ¿Quién no ha mirado a ese Cristo Verde entregado?  
Estudiantes, nuestros jóvenes siempre han estado en vuestras manos.  
El futuro de nuestras cofradías está en esa salida en la que se congregan los padres con sus hijos, para ofrecerte a ti, Señor, a las nuevas generaciones.

Y de las recién restauradas puertas de San Francisco saldrá,  
Saldrá un Cristo bajo palio, único en nuestra ciudad,  
Y los cielos se abrirán de nuevo,  
para recibir a la Sangre, para recibir al Nazareno.

¡Padre Mío, qué cruz tan grande portas!  
Nazareno de la Sangre, tú nos traes por primera vez la cruz a nuestra Semana Santa.  
Con la juventud y la conciencia, llegarán las primeras cruces y descubriremos que la vida no es tan fácil, que cada uno ha de cargar su cruz.  
Y caigo y te miro, Señor, y descubro que con tu Sangre y tu Amor todo se puede. Soy ese ángel a tus pies. Tengo miedo, Señor. No sé por dónde caminar. No sé por donde tirar. La juventud llega a nuestra vida como una etapa difícil, y descubro en Ti, Señor, descubro en el verde estudiantil, una senda, un sendero hacia el cielo.

Jóvenes estudiantes, que, con vuestra banda verde, nos dais luz en los días grises, dad esperanza al mundo. El lunes Santo siempre fue un día alegre, a pesar del dolor, a pesar de la Cruz bajo palio. Siempre fue un día alegre, porque ese día conocimos el perdón:

“Y cuando llegaron al lugar llamado ‘La Calavera’, lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»” (Lucas 23, 33-34)

Cristo Verde, que nos enseñas la primera crucifixión de mi Semana de Pasión. Esa primera cruz de la juventud, quizá la más dolorosa, porque ese primer golpe marca para toda la vida. Tu cuerpo mutilado, tu mirada, tu corona de espinas, tu dolor, tu piel inerte,... Todo en ti nos conmueve.

Cristo Verde, cuánto me dices, cuánto transmites, cuánto me enseñas, cuánto perdón.

Perdónalos, Señor, perdónanos, porque no sabemos lo que hacemos. Jóvenes estudiantes somos, con toda la vida por delante, y en el camino es fácil equivocarse. Sólo cuatro hachones iluminan tenuemente el camino. ¿Cómo no equivocarse? Padre, perdónanos por crucificarte, perdónanos por todo lo que hicimos, por todo lo que haremos.

“Bendito sea Dios que tanto nos quiere”. A tus pies, Madre Carmen, exclama un grito de amor. Jóvenes estudiantes somos, jóvenes franciscanos fuimos. “Paz y Bien” llevamos en nuestra alma. “Paz y Bien” lleva nuestra alma antequerana.

La procesión continúa, ejemplo de orden, modelo de respeto y admiración. Jóvenes estudiantes somos, pero muchos años llevamos dándote honor. Seráfica, Venerable, Ilustre y Muy Antigua, ella es la que porta la reliquia más valiosa, la reliquia más bella: “Lignum Crucis”.

Déjame besarte, y ponerme de rodillas, ante esa leña seca, que una vez fue verde, porque verde es nuestra esperanza, verde como esa banda, porque sin estudiantes no habría vida, porque sin estudiantes no habría Semana Santa.

Hoy vuelvo a mi infancia, escucho Rocío y me traslado a uno de esos tantos Lunes Santo. Acompañenme, Señores, cierren los ojos y veanla, veanla...

[Música de fondo: Rocío, M. Ruiz Vidriet y M. Pérez Tejera]

Ya llega, está entrando, ahí viene nuestra Madre Bendita. Acaba de girar la esquina y ya entra en calle Duranes. Admírenla...

Miren cómo se mece, miren qué guapa viene.

Santa María,  
Santa Madre de Dios,  
Santa Virgen de las Vírgenes,  
Madre de Cristo,  
Madre de la Divina Gracia,  
Trono de Sabiduría,  
Causa de nuestra Alegría,  
Torre de David,  
Torre de Marfil,  
Casa de Oro,  
Arca de la Alianza,  
Puerta de San Francisco,  
Estrella de cada día,  
Salud de los estudiantes,  
Refugio de mi cobardía,  
Consuelo de los niños,  
Auxilio de los que a ti acudimos,  
Reina, Reina eres,  
Reina de los Ángeles,  
Reina de los Patriarcas,  
Reina del Santo Rosario,  
Reina de la familia,  
Reina de la Veracruz.

Te quiero, Madre, te quiero.  
Sin ti, mi vida, sentido no tendría.  
Nunca me olvides, Veracruz del alma.  
Nunca olvides a tus estudiantes,  
a los que están y los que ya se fueron.  
Y vuelve a emocionarme, Madre,  
vuelve a emocionarme por Duranes.  
Recorrido que tiene que ser parecido al del cielo,  
porque en el mismo cielo allí me siento.  
porque sueño todo el año con acompañarte,  
porque sueño y sueño y me desvelo.

Madre Mía, contigo por Duranes,  
cada año me moría.  
Madre Mía, contigo por Duranes,  
hasta la eternidad me quedaría.

### TERCER DOLOR: PIEDAD

“Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Jesús respondió: «Tú lo dices». Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó: «¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?». Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía liberar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?». Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir: «No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él». Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador preguntó: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?». Ellos dijeron: «A Barrabás». Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «Sea crucificado». (Mateo 27, 11-22)

Y llegará el Martes Santo, y al toque de campanas, la plaza de la Trinidad se llenará de gente esperando al preso.

Una Virgen saldrá primero clamando Piedad, pero nadie le hará caso. Ella irá delante intentando allanar el camino a su hijo. Pero la sentencia está dictada. Todos esperarán al preso y al salir, todos gritarán: “Crucifícalo, crucifícalo”

¡Qué fácil es esconderse en la multitud y sumarse al grito común! ¡Y qué difícil es dar la cara por Ti!

Si a nosotros hoy aquí nos cuesta decir que somos cristianos y cofrades, ¿qué sucedería si en nuestro país gobernase el populismo y el radicalismo? ¿Quién se atrevería a decir que es cristiano? ¿Nos esconderíamos en la multitud? o ¿nos lavaríamos las manos como Pilatos? ¿Quién como la Beata Madre Carlota sería capaz de morir gritando “Viva Cristo Rey”?

¡Qué difícil es dar la cara por Ti! Si ni siquiera Pedro fue capaz de apoyarte en esos duros momentos... ¿Cómo podremos nosotros?

La plaza se llena y todos ven al reo marchar hacia su final. Pero el Señor del Rescate camina por la cuesta sereno, con la mirada fija y penetrante, y todavía es capaz de detenerse ante la ventana del necesitado. ¡Cuánto nos enseñas, Señor del Rescate! Caminas hacia tu muerte y, sin embargo, aún te detienes ante quien más te necesita...

Las mujeres, de mantilla negra, dudan, como la mujer de Pilato; anuncian la muerte, y, como plañideras, muestran su respeto al condenado. Un rosario interminable de personas que unen a la Madre y al Hijo, que se unen en el dolor y la resignación.

Virgen de la Piedad,  
Rojo pasionario por tu amor,  
Azul cobalto por tu bondad,  
Piedra firme en tu caminar,  
por las calles de Antequera sigue pidiendo caridad,  
compasión por ese Hijo al que mató la crueldad;  
que al escuchar la saeta por la cuesta de la Trinidad,  
sentamos el dolor de una madre muerta por la ausencia de verdad.

Virgen de la Piedad,  
Rojo pasionario por tu amor,  
Azul cobalto por tu bondad,  
que en Prolibertas das una nueva oportunidad al preso,  
llena la plaza de gente, pero al grito de la: "¡Paz!"  
Que ningún preso merece tan poca humanidad.

Virgen de la Piedad,  
Rojo pasionario por tu amor,  
Azul cobalto por tu bondad,  
que el pueblo entero ya te espera entre saetas,  
que los hermanacos a tus puertas están,  
que esas mantillas acompañan tu soledad.

Virgen de la Piedad,  
Rojo pasionario por tu amor,  
Azul cobalto por tu bondad,  
que ese Hijo que va derecho a la condena,

rescatado más adelante será.  
No llores, Madre Mía, no llores,  
que Antequera entera pide “libertad”.

#### CUARTO DOLOR: MAYOR DOLOR

“Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa”.  
(Marcos 15, 19-20)

No hay dolor más grande que el que representas Tú, Mayor Dolor de Antequera. Una legión desembarca en nuestra ciudad para alzar (como dijo el pregonero) al Cristo más antequerano. Un año más, el sol relucirá y Antequera entera se lanza a la calle para aclamar a ese Cristo que de rodillas nos pide clemencia.

Primer dolor, primera duda. Te veo ahí, malherido, de rodillas, y me pregunto: ¿Realmente, eres Dios? Y, de nuevo, un año más, las nubes que acechaban se dispararán y en el momento de tu salida, habrá un rayo de sol que iluminará tu rostro. Al son de “El novio de la muerte”, los legionarios te alzarán y descubriré que sí, que eres Dios, que tu imagen de dolor es capaz de explicar el Mayor Dolor que podemos sufrir las personas: el dolor por la muertes inexplicables, el dolor por esa muerte inesperada de un hijo. En tu caminar de mediodía te acercarán a tu barrio, a esas personas que día a día te visitan en un rosario interminable de oraciones. Porque tú, Mayor Dolor, nunca estás solo. Toda Antequera reza a tus pies. Volverás a colocarte en tu trono y todos esperaremos felices a que llegue la hora de tu salida. El miércoles santo es un día de sol y de comidas entre amigos. Toda Antequera sale a ver al Cristo maltratado, toda Antequera corre con el cuerpo legionario a ver bendecir a ese Cristo, a ese Cristo abandonado.

Y cuando se haga la noche, un mar de capirotos negros circundarán la plaza de San Sebastián y al son de tambores y cornetas saldrá nuestra Madre del Mayor Dolor. Ella siempre, en un segundo plano, por una puerta secundaria. Mientras tanto, Cristo de rodillas sigue sangrando, y detrás, ese hombre malvado (que nos representa a todos) dispuesto a golpear al Rey, dispuesto a golpear a Dios mismo.

[Música de fondo: *Hossanna in excelsis*, Ó. Navarro Quintana]

¡Qué Mayor Dolor que el del sayón que golpea al Cristo flagelado!  
¡Qué Mayor Dolor que el del ángel que con el manto de la Virgen se ha tapado!  
¡Qué Mayor Dolor que el nuestro que observamos a Cristo y su Madre desolados!

Madre del Mayor Dolor, ayúdanos a entender el amor.  
Virgen del Mayor Dolor, líbranos de todo horror.  
Dulzura del Mayor Dolor, llena el mundo de tu olor.  
Belleza del Mayor Dolor, aquí está tu admirador.  
Elegancia del Mayor Dolor, ruega por este pecador.  
Bondad del Mayor Dolor, hazme siempre mejor.

¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Abre ya esas puertas, de San Sebastián en honor.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que las flores se están abriendo, que tienen todo su verdor.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que en la calle se escucha una saeta, que parece un ruiseñor.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que los penitentes se ordenen, dice ya el celador.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que la legión ya llega, que escucho su clamor.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que la Virgen ya está en la puerta, dijo el predicador.  
¡Ay, Señor! ¡Ay, cofradía del Mayor Dolor!  
Que salga ya ese Cristo, que salga ya el Señor,  
que no hay honor más grande en Antequera,  
que ver por las calles a Dios.

## QUINTO Y SEXTO DOLOR: ENTRE DOLORES Y CONSUELO

“Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!»”. (Mateo 27, 27-29)

Cristo caído, Cristo del Consuelo, sale de Belén con paso lento. Tu Hermano Mayor te guía con paso firme y decidido. Estoy segura de que te ayudaría a levantarte, si él pudiera. No podemos soportar el dolor de verte caído con la cruz auestas.

Delante, un Cristo flagelado y atado a la columna se dirige a Santiago, mientras por San Pedro, ya llega el rumor de que hace media hora que sonaron dos golpes sordos en una puerta.

La puerta se abrió y Misericordia, lo que salió:

“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Y luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre»” (Juan 19, 25-27).

¡Qué amor tan grande, Señor, cuando te vemos salir por San Pedro, dándonos lo mejor que podemos tener en la vida: una madre!

¡Quien fuera María Magdalena y a tus pies hubiera descubierto el perdón de Dios!

¡Quien fuera tu discípulo amado y a tus pies hubiera recibido el mayor don!

Virgen de los Afligidos, que, en silencio, ves perder a un hijo, pero recibes a toda una humanidad como tu descendencia, danos fuerza para los días que nos quedan.

Cofrades, no olvidemos los oficios, ese triduo pascual en el que recibiremos la fuerza para lidiar con el dolor de la pérdida. Hoy recibimos el don que nos alimenta cada día, hoy recibimos el don de la Eucaristía.

Santiago se llena. Están a punto de llegar las dos Reinas.

“Corre, que aquí hay un hueco”. “No, que desde ahí se ve peor”. “Vente a esta esquina”. “El año pasado ahí casi no se vio”. ¿Les suenan?

Frases que se repiten cada año, y que muestran el sentir de un pueblo hacia su Fe.

Ya está aquí la Dulzura, la finura, la paciencia y la serenidad de una Virgen de los Dolores, que se deja llevar.

Y, de repente, el estruendo, un relámpago y un tronío al que le falta calle. Ya sale, ya asoma, apartaos que ya viene, el Consuelo y su Señora.

Frente a frente, Consuelo y Dolores se mecen en un momento único de nuestra Semana Santa. El encuentro en Santiago supone el primer momento álgido de los días mayores. Allí estarás, allí estaremos, falta muy poco para vivir de nuevo esta explosión de color y de amor.

Consuelo irá primero, Dolores la seguirá,  
visitando monumentos por los conventos que pasarán.

Antequera está en la calle, un día grande será.

Y en la Trinidad de nuevo un encuentro sucederá.

¡Adiós, Madre de los Dolores,

¡Adiós, Madre del Consuelo,

su despedida será!

¡Cuídame el barrio de Santiago,

que el de San Pedro ya para mí está!

Bajará la Cruz Blanca un mar de gente,

dispuesta a correr la Vega está.

Hermanacos, es vuestro turno,

Preparaos y coged fuerzas para alzar

a la Cruz Blanca desde la Trinidad

a nuestra madre del Consuelo

y a ese Cristo que Crucificado está.

Preparaos, Antequera,

que las Vegas acaban de comenzar,

que hasta llegar al Portichuelo

no tenemos más remedio que aguantar.

¡A la Vega, a la Vega! Los niños gritarán.  
Misericordia ya está subiendo,  
la Vega ya bendecida quedará.  
Apartaos, bajad rápido, que la Señora no tardará.  
Se apagaron las velas, ya Consuelo correrá.  
Y si aún te quedaron ganas, corre, corre,  
Que la cuesta de Archidona muy cerca está.

La Virgen del Consuelo llega a su templo, sus fieles se congregan en la puerta para verla entrar, pero Antequera no quiere verla irse, prefiere recordarla en la calle. Por eso, las calles anexas se llenan de un gentío que corre, corre porque no quiere dejar sola a nuestra otra Madre del Jueves Santo.

Y en ese correr, me imagino nuestras vidas. Nos pasamos el día corriendo, y muchas veces no sabemos ni siquiera a donde corremos. Corremos, pero seguimos atados a esa columna del dinero, a esa columna del “qué dirán”, a esa columna que nos impide ayudar al más desfavorecido. Corremos, y cada día caemos, caemos por el peso de las cruces que llevamos. Caemos, nos levantamos y volvemos a caer, Señor. Caemos demasiadas veces en la misma piedra. Y todo ello solo nos produce Dolores. Seguiremos corriendo hasta que llegue nuestra meta, nuestra meta que está en esa Crucifixión definitiva, en donde solo nos quedará esperar Misericordia. Y, a los que aquí quedan, a los pies, como Juan y María Magdalena, solo les llenará el Consuelo de que algún día nos volveremos a reunir.

Mientras tanto, sigamos corriendo, corriendo, pero esta vez con una meta clara, porque queremos acompañar a ese Cristo del Consuelo y a ese Cristo Atado a la Columna, para decirles que no están solos, que queremos ir con ellos, hasta arriba, corriendo detrás de su Madre, Dolores, para gritarle, para gritarle un año más:  
¡Dolores! ¡Guapa! ¡Dolores! ¡Guapa! ¡Dolores! ¡Guapa, guapa y guapa!  
Allí, señores, allí arriba me quiero quedar.

## DOLORES FINALES: PAZ, SOCORRO Y SOLEDAD

[Música de fondo: *Historias de Judea*, M. A. Jiménez Soto]

Viernes Santo.

Despierto y empiezo a subir la cuesta. Yo, sí, yo. Esta vez soy. Sin nada, sin nadie.

Solo yo.

Subo.

Allá voy.

Quizá, mucha gente, demasiada gente alrededor, pero esta vez no voy con nadie. Solo yo y nadie me ve. Detrás de un capirote me escondo. Esta es la otra Semana Santa.

Subo la cuesta, paso desapercibida. Solo yo.

Un Niño me para en la cuesta. Me mira. Su mirada me penetra.

“Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados. [...]

¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi padre?”

(Lucas 3, 48-49)

Niño Perdido, niño perdido y hallado en el templo. Niño, que siempre me has acompañado a los pies de mi cama. Ese Niño, ese Niño. Nos anuncias lo peor. Hoy llega el final. Hoy se cumple todo.

No te quiero ver. Sigo subiendo. Subo la cuesta. Solo yo. Voy sola. Busco las puertas del cielo. Pero no llego. La cuesta se empina, la cuesta se hace muy complicada. Busco una puerta, pero hallo la Cruz. Sí, esa Cruz que nos diste para la vida. Cada cual con su Cruz, pero todas se unen en la única cruz verdadera, esa Cruz de Jerusalén que marca mi inicio y mi final, que marca mi alfa y mi omega. Cuatro cruces pequeñas para una Cruz grande, así va nuestra vida. Cargada de cruces pequeñas, hasta que llegue la Cruz, la Cruz final.

Esa Cruz me mueve a seguirte, y, de repente, un Nazareno sale de un templo y mi piel se eriza. Me has quitado la Cruz y la llevas tú, la llevas tú, Jesús Nazareno. No puede ser verdad. Esa Cruz pesa mucho. Un cirineo, detrás, intenta ayudarte.

“Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón y lo forzaron a llevar su cruz” (Lucas 14, 27).

Simón, Simón del barrio de Jesús, Simón que cada día te acercas a ver a tu Padre y a ayudarlo. Quiero ser Simón. Señor, déjame que sea yo quien te siga por Herradores, quien te siga por Rastro, Viento y Zapateros, por Lucena y Cantareros,...

Verónica quise ser, Santa Mujer, que pudiste acercarte a Nuestro Padre y enjugar su rostro en tu pañuelo. Gran regalo te hizo Dios, dejando impregnado su rostro, rostro moreno de mi Nazareno, en tu pañuelo. Guárdalo, Santa Mujer, guárdalo y déjame besarlo cada año,... Déjame que, como tú, una vez al año, me acerque a mi Padre Nazareno, a limpiarle su rostro, bendito rostro, santa faz, Nazareno del Portichuelo, Nazareno, a ti todo mi amor sincero.

[Música de fondo: *Socorro, reina del Portichuelo*, G. Peralta Calero]

Al llegar al arco, me vuelvo. Voy sola. Un capirote azul me envuelve. Al girar, mi pequeñez se hace aún mayor. Soy muy pequeña ante la grandiosidad de lo que se acerca. La Señora, a los pies la luna, la coronan las estrellas, y los ángeles desde arriba triangulizan su belleza. La Señora, la Señora me mira. La Señora mira Antequera. Madre Mía del Socorro, Madre Mía del Socorro, no se puede ser tan bella.

Las lágrimas empiezan a caer en mi corazón. No hay sentir más grande que el de ver a nuestra Reina un año más, bendecir a nuestra tierra.

No hay palabras, señores, lo siento. No hay palabras.

## ORACIÓN A LA VIRGEN DEL SOCORRO

Quiso Dios que en mi Pregón  
sin palabras me quedara  
para describir a la más guapa,  
para describir la más sublime de las bellezas.

Y, ante Ti, en una sala de Juntas,  
admiré de nuevo tu grandeza,  
y escribí estos versos, colofón de mis palabras,  
para la que es Rocío de mis mañanas,  
para la que es Socorro de mi vida entera.

Un soneto te quise escribir,  
pero no, yo poetisa no era.

Escribí un romance,  
pero ocho sílabas era  
muy poco para la Reina,  
Socorro de mi Antequera.

Y así, frente a frente,  
intenté describir tu belleza:

La finura de tus manos entrelazadas  
que me robaron mi alma desbocada.  
La dulzura de unos ojos tan hermosos, como plata,  
y ese rostro, de una mujer la más perfecta cara.  
Tu mirada baja que te delata  
a la Cruz de Cristo resignada.  
Hermosas lágrimas que nunca paran,  
que enjugarte quisiera con mi alma.  
Esos labios que sonrían al escuchar mis palabras,  
y lloran cuando te imploro,  
cuando te rezo una plegaria.

Madre mía del Socorro, Madre Mía.  
¡Cuánto daría por abrazarte, cuánto daría, Virgen Mía,  
como una hija abraza a su madre en la última agonía!  
Tú eres para mí la razón de mi existir  
porque vivo soñando con ese día  
en que, cara a cara, ya en otra vida,  
yo te diga:  
Socorro, Socorro mía.

“Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: «Elí, Elí, lemá sabaktaní» (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías». Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo»”. (Mateo 27, 45-49)

Desde la hora sexta hasta la hora nona, San Sebastián se llena. Allí comienzan a llegar los sonos de una marina que en el recuerdo perdurarán. Un niño que hallé perdido en la cuesta, ya vuelve a su casa al final. Detrás, Dulce Nombre de Jesús tendrás. Una disputa entre cofradías que nunca se resolverá. Porque si dominicos y franciscanos volvieran, yo no sé quien se quedaría atrás. Vidilla dan estas cosas, a los cristianos y cofrades que esta noche disfrutarán.

Dulce Nombre de Jesús, cuántas historias sabrás. Con tu Cruz a cuestras nuestros pasos guiarás. Nos enseñas la cruz en nuestra Semana Santa una vez más. Señor, entre tantas cruces, ya no sé a cual mirar. Pero si Dulce hay alguna, la tuya será. ¡Ay!; Dulce Nombre, niño o cruz, tal cual! Mi mirada ya nadie os podrá quitar.

Un campanillero de lujo me anuncia que hay más,  
que ya viene lo peor, que ya bien el final.  
Cristo de la Buena Muerte,  
Dios Mío, Dios mío,  
la cruz llegó ya.

“Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». (Marcos 15, 37-39).

De arriba a abajo, del Portichuelo a Santo Domingo, Antequera se partió en dos, y ese Cristo de la Buena Muerte, ese Cristo de la Paz, apareció en nuestras vidas para

quedarse, porque Él es el final. A Él, todos, un día, dirigiremos nuestra mirada, para pedirle por ese trance final. “Cristo, dame una buena muerte, Cristo, dame la paz”. Banderas a media asta en el Ayuntamiento a tu paso, la gente se levanta de las tribunas, haz dado tu vida por nosotros. Gracias, Señor, gracias.

Entre la multitud dos filas con capas blancas y rojas se abren.

“Luchar, vencer y resistir /saber sufrir y padecer / tal consigna ha de tener / el que me quiera seguir”, dice Jesús Nazareno al pasar.

El himno de Regulares abre paso a una cofradía, que como sabéis, me roba el corazón. 400 años cumplirá el próximo año, 400 años bendiciendo nuestra tierra. Pero lo que, de verdad, me lo roba es verla llegar a San Sebastián, porque no hay momento más maravilloso en nuestra Semana Santa que el que sucede algunos años, ese momento único en que 7 pasos se unen para dar mayor gloria a Dios. En Antequera, señores, en Antequera. 7 pasos y dos cuestras.

Comienza la cuenta atrás para cerrar un Viernes de dolor y llanto, de Nazarenos y Buena Muerte, de Cruz y Dulce Nombre, de Niño Perdido y Entierro y Soledad, que vendrá después.

[Música de fondo: *Mi Amargura*, V.M. Ferrer Castillo]

Momento álgido, momento culmen,  
Me sitúo en la cuesta, en la cuesta de la Paz,  
Una Niña, una Dulzura, finura y ejemplo del antequerano paso ejemplar,  
manos entrelazadas, y una cruz que me clava el alma,  
con azucenas decorada y tres varaes en las esquinas,  
y una paloma que corona tu bambalina.  
Celeste y blanca eres, Virgen de la Paz,  
celeste y blanco mi amor, por ti siempre será.  
Tus hermanacos de morado,  
escuchando “Mi amargura” por la tribuna van,

poco a poco, avanzan, llegando a San Sebastián.  
Y allí te dispondrás a esperar,  
a esperar otro año más o quizá subirás,  
adonde siempre esperas, adonde no te cansas de esperar.  
Citarilla del cielo, mi vida allí siempre se quedará.  
No puedo, Madre, No puedo verte allí  
esperando un año más, esperando a la que pronto llegará.  
Porque si hay algo en la Semana Santa,  
que toda Antequera espera sin parar de desear,  
es ese momento en el que las dos Madres de Antequera se encontrarán,  
en el que la Paz y el Socorro, el Socorro y la Paz,  
unen sus horquillas al cielo, en un grito que jamás se olvidará:  
¡A la Vega, al Cielo, arriba con ellas, arriba de verdad!  
Que un año más se acaba, que un año más pasó ya.  
No quiero, Madre, no quiero, que llegue ya este final.  
Déjame vivir este momento, déjame vivirlo un poco más,  
que mi Paz y mi Socorro no se quieren despedir ya,  
que mi Paz y mi Socorro a Antequera quieren hacer soñar,  
que mi Paz y mi Socorro algún día ya nunca veré más,  
que mi Paz y mi Socorro jamás se olvidarán.  
No quiero, Madre, no quiero, que llegue ya este final,  
déjame vivir este momento, déjame vivirlo un poco más,  
que mi Paz y mi Socorro no se quieren despedir ya,  
déjame vivir este momento,  
déjame vivirlo por toda la eternidad.

Y llega la Soledad...

[Música de fondo: tambor ronco]

Cae la noche en Antequera. La luz se apaga. Tinieblas y oscuridad para recibir el cuerpo muerto de Jesús.

“Al anochecer, [...] vino José de Arimatea, [...] y le pidió el cuerpo de Jesús”. (Marcos 15, 42-43).

Los antequeranos, con fe, silencio y respeto, siguen el ataúd de Jesús. Ya todo está cumplido.

En la cruz va la sábana blanca, que José de Arimatea compró para envolverlo, sábana santa que veneramos con fervor.

Entre los cristales observo el cuerpo frágil, delicado, sin vida, de un Dios hecho hombre, que vino para salvarnos. Los ángeles rodean su tumba, ángeles que se propagaron por un retablo que se convirtió en tu sepulcro. Sobre la roca, se alza el templo del Carmen, de donde sales y a donde vuelves cada año, a descansar. ¿Quién fuera un ángel del Carmen para a tus pies siempre estar?

Santo Entierro, ¿quién fuera esa Madre que te sigue?,  
¿Quién fuera Soledad?  
¿Quién fuera Quinta Angustia, para tu cuerpo sostener y llorar?  
Paso firme y decidido, pero paso tembloroso por el dolor,  
Traje negro y corbata negra, y mantillas que cubren el temor,  
Cristo ha muerto y ha envuelto el mundo de aflicción.  
Madre Mía de la Soledad,  
Ya llegó la amargura y la desolación,  
Ya llegó la angustia y la consternación,  
Ya llegó el luto, el duelo y la desazón,  
¡Cuánto dolor,  
Cuánto sufrimiento,  
Cuánto abatimiento,  
Cuánta agonía y congoja,  
Cuánta Soledad, mi Amor!

Madre de la Soledad, no puedo más que mirarte, no puedo más que mirarte y decirte con amor:

Bendita sea tu pureza,  
Y eternamente lo sea,  
Virgen de la Soledad,  
Pues todo un Dios se recrea  
en tan sutil belleza.  
A ti, celestial princesa del Carmen,  
Virgen de la Soledad de María,  
Yo te ofrezco cada día  
mi alma, mi vida, mi corazón,  
Mírame con compasión,  
Y llévame con él,  
A su lado, llévame,  
Muy cerca de él,  
Que allí me quiero quedar.

Allí me quiero quedar. Allí quedaremos todos.  
Soledad, Virgen de la Soledad,  
La muerte, la muerte, la muerte.

## DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(Música de fondo: *Caridad del Guadalquivir*, F.J. Pérez Garrido)

Acabó el dolor.

La muerte lo terminó.

Sábado de espera.

Sábado de desesperación.

Acabó,

Acabó la Semana de Pasión,

Y bien que acabó,

El sábado cuesta más trabajo levantarse, pero hemos quedado para recoger algunas tónicas, para llevar los guiones a su sitio, para guardarlo todo, porque estamos de luto, ya todo acabó.

Espera, espera, aquí llega el final, ¿seguro?

He escuchado una campana.

Las Descalzas están tocando.

No, no, son las Catalinas.

Yo diría que es la Encarnación.

Es San Sebastián.

Que no, que no, que es la Victoria,

¿la Victoria? ¿Qué Victoria?

Se enciende un fuego, se aclaman 9 salmos, la Vigilia Pascual, ¿qué es eso?

El sacerdote dice: ¡Cristo ha resucitado!

¿resucitado?

¿qué está pasando?

Que la muerte es vida, antequeranos,  
que la Semana Santa no acaba el Viernes,  
que en Domingo estamos,  
que Cristo vuelve a salir a la calle,  
que ya todos los cofrades se han juntado.  
No guarden sus guiones, que ya Cristo ha bajado.  
Saquen ropas nuevas, que los monaguillos toquen las campanas,  
que la procesión de nuevo ha comenzado.

Que la vida no acaba, señores,  
que Cristo es VIDA.  
Que yo que creía que venía a pregonar la muerte,  
Y hoy vengo a pregonar la VIDA.  
Que Cristo se hizo hombre,  
y murió tras una vida compartida  
para salvarnos por siempre,  
para darnos eterna, eterna vida.

¡Aleluya, Aleluya!  
Creo en Ti, Señor,  
creo en tu resurrección.  
Creo que el amor es fuerte como la muerte (Cantar de los Cantares 8, 6).  
Creo que el amor es más fuerte que la muerte.  
Quien ha amado a todos, ha fundado para todos la inmortalidad.  
La inmortalidad nace del amor.  
Su resurrección es nuestra vida.  
El amor ha vencido a la muerte.  
¡Aleluya, Aleluya!  
Creo en Ti, Señor,  
creo en tu resurrección.  
Cristo ha resucitado a la eternidad del amor.

Y vosotros, cofrades y cristianos,  
que estáis aquí, escuchando a esta humilde pregonera,  
perdonad mis palabras vanas, perdonad mi osadía,  
disculpad todo lo dicho, disculpad, mis señorías,  
pero esta es mi Semana Santa,  
la Semana Santa de esta tierra mía,  
de Antequera, que cada año por estas fechas,  
se llena de alegría,  
porque Cristo vuelve a la vida.  
La eternidad nos ha prometido,  
y Antequera se llenó de algarabía.  
Y vosotros, cofrades y cristianos,  
antequeranos todos, de esta tierra mía,  
preparad las iglesias, los pasos y los tronos,  
las Vírgenes y los Cristos, razón de mi alegría.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
abrid las puertas de los templos,  
que las campanas redoblen,  
al son de esa marcha que yo quería.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
que ya empieza todo, que ya acabó la agonía,  
que nuestra vida tiene sentido,  
dijo el libro de la Sabiduría.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
preparad vuestras mejores galas,  
que ya se acerca vuestro día.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
mirad al cielo, que allí están todos preparados,  
en la mejor compañía,  
para ver a la Madre de Dios, para ver a Cristo, vida mía,  
allí, donde nos esperan, allí donde no hay melancolía.

Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
“no tengáis miedo. No está aquí. Ha resucitado”,  
mensaje de un ángel del cielo, que encierra esta poesía.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
paz a vosotros, id al mundo entero y proclamad el Evangelio.  
Catequesis por las calles, alegraos con María.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
Esperanza y Consolación,  
Cristo verde y Veracruz del alma mía,  
Rescate y Piedad,  
Y Mayor Dolor, de Carvajal decían,  
Misericordia y Consuelo,  
Dolores, nueve dolores Antequera tenía,  
Que sin Paz, que sin Socorro, que sin Soledad, ¿qué sería?  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
la Semana Santa ya llegó, mi sueño se cumplía.  
Gracias, Madre, gracias, Padre, mi ilusión, tu valentía,  
Y vosotros, cristianos y cofrades,  
antequeranos todos, de esta tierra mía,  
gracias de corazón a todos, gracias por darme esta alegría.  
Las calles están abiertas, Cristo espera tu alma y la mía.  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
¡Viva la Semana Santa, viva todos los días!  
Antequeranos todos, de esta tierra mía,  
No hagáis esperar más a Jesús y a María.

He dicho

OMNIA VINCIT AMOR

GRACIAS A TODOS.

Finalicé de escribir el 19 de marzo de 2019, festividad de San José de Nazaret, patrón universal de la Iglesia Católica.